

especial para EL FINANCIERO, edición del 10 de septiembre
Rafael Solana
miguel ángel granados chapa

Quizá porque murió dos días después que don Luis Cardoza y Aragón, cuya figura por razones justificadas se adueñó del escenario. Quizá porque su frecuente incursión en oficinas públicas y privadas de prensa y relaciones públicas lo hizo injustamente de una imagen de burócrata. Quizá porque se adelgazaron las convicciones que sustentó en su juventud, o se atenuó su ardor para defenderlas. Tal vez por su larga permanencia en los mandos de la Federación Teatral o en la sociedad de críticos de teatro, puestos que no concitan siempre simpatías. Por lo que usted guste y mande, la desaparición de Rafael Solana ha pasado casi inadvertida en los medios de prensa más oportunamente vocados a valorar las aportaciones de mexicanos ilustres a la cultura nacional. Solana fue uno de ellos, y eso queda claro tan pronto se examina su obra, diversa y sostenida, vigente a pesar del largo tiempo pasado entre algunas de sus obras y el tiempo en que se marchó. A través de su propio testimonio, he querido hurgar en, y recoger, algunos rasgos de su carácter, que lo dibujan como un hombre apacible que, si tuvo tormentas interiores, las dominó antes de trasladarlas a la escritura, y que no hallaba dificultad alguna en reconocerse deudor de otros.

Periodista desde 1929, Solana participó en muchas publicaciones. A la hora de su fallecimiento lo hacía por lo menos en la revista SIEMPRE, y en los diarios EL UNIVERSAL Y EL DIA. En los tres se mantuvo durante largo tiempo, lo que dio muestra de su asiduidad. En el diario fundado por Palavicini, y en que el padre de Solana, de igual nombre y apodado VERDUGUILLO, hizo la crónica taurina desde 1916, Solana escribió a lo largo de 63 años, y durante más de medio siglo al lado de José Pagés Llergo puesto que, como el propio Solana explicara, "comencé a trabajar con él en TODO, y ya nunca lo dejé, a través de las otras cinco revistas que dirigió y fundó". Sola estuvo --dijo "no a su lado, sino a su sombra; y de él aprendí, sobre periodismo, más que de nadie, excepto mi padre, que me enseñó desde las primeras letras de imprenta hasta cederme sus propias páginas de crítica taurina en el diario que él había contribuido a fundar en 1916 y que sigue siendo uno de los mayores de México" Pero mi padre me enseñaba en todo momento de la vida diaria, en la mesa al comer, en el teatro al que de la mano me llevaba desde niño, y por supuesto con el ejemplo. Pagés nada más en la cátedra, desde su escritorio de director, pues las veces que me senté a su mesa fueron pocas, casi siempre con algún presidente (López Mateos, Díaz Ordaz, De la Madrid) en medio de ambos. Curiosamente, y por las exigencias de mi vida siempre cargada

de trabajo, de trabajos, no lo frecuenté con tanta asiduidad como hubiera querido y como mi mi afecto y mi admiración lo pedían; pero de lejos, él en su oficina, yo en la mía, cada día aprendía algo de él, de su entereza, de su valentía, de su certero juicio, de su vastísima amplitud de criterio, de su eclecticismo. Me mandaba siempre palabras de aliento o de afecto.; cuando yo lo visitaba, nunca estábamos solos mucho tiempo, siempre llegaba alguien, el astronauta Gagarin, el poeta Evtushenko, algún ministro, algún gobernador, algún jefe de prensa de la Presidencia o de una secretaría, algún embajador, u otro periodista, como Margarita Michelena o Jacobo Zabłudovsky.

"Pero era él un árbol de tan vasto ramaje, que su sombra me protegía desde lejos y nunca, en esos cincuenta y dos años de colaboración (un siglo, para los aztecas) me sentí lejos de él, ni nunca dejé de aprender algo de sus editoriales, de guiarme por sus opiniones, de mirarme en su ejemplo como en un noble espejo"

En EL DIA, permaneció Solana tres décadas. Casi al cabo de ellas, la directora general Socorro Díaz dispuso la recopilación de una antología que recogiera unos cuantos de los casi mil quinientos artículos publicados allí por Solana. Al escribir el prólogo, el autor recordó:

"Hace ya muy cerca de treinta años un día me llamaron por teléfono Ricardo Cortés Tamayo y Enrique Ramírez y Ramírez, mis antiguos y queridos compañeros de escuela en la Facultad de Leyes, para invitarme a acompañarlos en la aventura de la fundación de un nuevo diario. Yo ya tenía unos treinta de experiencia en el diarismo, en el que me sumergí desde mi infancia. Con Ricardo habíamos participado en una empresa partecida Efraín Huerta, Octavio Novaro y yo, cuando nos sumamos a la redacción del DIARIO DEL SURESTE, que en Mérida fue a dirigirla Clemente López Trujillo. Entendí que el periódico nuevo, en la capital, cuya batuta estaría en manos de Ramírez y Ramírez, sería una especie de continuación, o resurrección de EL POPULAR, que años antes había fundado nuestro común maestro Vicente Lombardo Toledano, es decir, que sería un periódico del pueblo, con ideales de izquierda, que eran las banderas con las que comulgábamos. De inmediato y con entusiasmo me sumé, y desde el primer número comencé a enviar mis colaboraciones para EL DIA".

Aparte su propia obra que, como digo, será justipreciada por nuevos lectores así se repare con profundidad en ella, como lo hicieron generaciones anteriores, Solana contribuyó a la difusión de las letras mexicanas con la señera revista TALLER. La fundaron él mismo, Efraín Huerta y Alberto Quintero Alvarez. Al trío se sumó poco después Octavio Paz, cuya dimensión no estorbó nunca a Solana, dispuesto siempre a reconocerla y proclamarla.